

R. Argullol, *El “Quattrocento”. Arte y cultura del Renacimiento italiano*, Barcelona, Acantilado, 2025, 187 pp.

Antonio López Fonseca

<https://www.doi.org/10.5209/cfcl.106011>

Tal y como consta en su página web (<https://www.acantilado.es/persona/rafael-argullol/>), la editorial Acantilado ha emprendido la publicación de toda la obra del filósofo, poeta y viajero Rafael Argullol, esto es, un total de treinta y siete libros entre los que se cuentan novelas, ensayos y poemarios y de los que ya ha visto la luz más de una veintena. Con frecuencia el autor ha vinculado en la escritura su faceta de viajero y su estética literaria, y por sus obras ha sido galardonado con el Premio Nadal en 1993 (por *La razón del mal*), el Premio de Ensayo Casa de América en 2002 (por *Una educación sensorial*), los premios Cálaro y Ciutat de Barcelona en 2010 (por *Visión desde el fondo del mar*) y el Observatorio Achtall de Ensayo en 2015. El título que ahora se presenta, *El “Quattrocento”. Arte y cultura del Renacimiento italiano*, vio la luz por vez primera en 1982 (segunda edición 1988), en Montesinos Editor, enmarcado en la colección “Biblioteca de divulgación temática”, y se convirtió en un “clásico” de la teoría estética y de la historia del arte. Hace tiempo que está completamente agotado. La nueva edición de Acantilado mantiene la versión original (incluso la imagen que ya entonces servía de pórtico, y que sigue apareciendo, del grupo “Judith y Holofernes” de Donatello, 1456), y solo advierto la supresión de las nueve primeras líneas del primer párrafo de la Introducción original, en las que se hacía alusión a la intención de la editorial de publicar un segundo volumen que se habría de consagrar “al desarrollo renacentista en su dimensión europea y global”. Solo eso. Y, no obstante, creo que es conveniente presentarlo como una “novedad”, por cuanto presenta ideas y enfoques que continúan siendo relevantes y que siguen inspirando la reflexión en el lector contemporáneo, por más que se trate de un libro de hace más de cuatro décadas. La novedad en literatura, no lo olvidemos, está basada más en el aspecto cualitativo del contenido que en la fecha de composición, y este libro sigue manteniendo una actualidad y una validez sorprendentes. Permitaseme recordar a este respecto las palabras de José Ribas, en *El Mundo*, a propósito del libro: “Argullol es un cazador de trances estéticos en épocas de naufragio” (¿acaso no vivimos hoy, en cierto sentido, una época de naufragio?).

Nos encontramos ante una aproximación a los núcleos geográfico (la Toscana, Florencia) e histórico (el siglo XV, el *Quattrocento*) en los que el fenómeno cultural (en realidad mucho más que solo cultural) del Renacimiento hizo su aparición como consecuencia de una confluencia de factores. Dicha aproximación se realiza a partir de distintas especificidades del momento, a saber, plásticas, arquitectónicas y literarias, apoyadas en unas concretas bases ideológicas y unas circunstancias políticas, económicas, sociales y culturales que permiten calibrar de manera cabal su posterior trascendencia cultural. Y ello a través de los ojos de un pensador que inquiere a ese instante histórico afortunado en busca de la simiente de nuestra modernidad. Pero el camino no fue precisamente un “paseo”, sino que implicó luchas y tensiones ideológicas que enfrentaron el pensamiento tardomedieval con la nueva filosofía humanística, con la superación del escolasticismo, que desembocó, a la postre, en el advenimiento del “hombre moderno”. Pero no induzcamos a engaño: no es este un manual académico, tampoco una historia del Renacimiento, sino, antes bien, una lúcida y preciosa reflexión sobre ese mágico momento en que el ser humano comienza a mirarse con cierto asombro en busca de la libertad, en que comienza a afirmar su centralidad. Porque el Humanismo es un canto a la libertad y al respeto por la dignidad humana.

No en vano, el cuerpo humano deviene símbolo y medida del mundo y el arte se abre a la expresión de la interioridad en un intento de alcanzar la armonía entre naturaleza, pensamiento y emoción. Rafael Argullol defiende que ese período de excepcional unidad cultural en la historia no es una acumulación de momentos y situaciones aisladas, sino una auténtica vertebración coherente de un nuevo impulso renovador. Casi me atrevería a afirmar que el *re-nacimiento* fue, en realidad, un *re-comienzo*, algo completamente distinto a la repetición; fue una inauguración radical, en la idea de que una misma vida puede experimentar varios principios; es el hecho de introducirse en la continuidad recobrada del tiempo, un tiempo que hay que conjugar en todos los tiempos: en futuro, para vivir el inicio; en presente, para vivir el instante; en pasado, para vivir el retorno. Ese es el lapso que, en mi opinión, aborda el autor, y lo hace desde la articulación de dos ideas fuerza, a saber, “la certidumbre de que el primado de la belleza es la privilegiada columna que sostiene el entero edificio del Renacimiento y la constatación de que, en este, el triunfo de la individualidad inaugura la grandeza y la tragedia del hombre moderno” (p.8), para lo cual se sirve de un sugerente recorrido por la pintura, la escultura, la arquitectura, la literatura y la teoría estética.

La mejor forma de que el lector se haga una idea del ensayo no es otra que dar un afable paseo por sus páginas para descubrir, acá y allá, por doquier, efervescencia, debate, controversia, complejo proceso de configuración del devenir del pensamiento, de la filosofía, las ciencias, la música, la pintura, la escultura, la arquitectura y cualesquiera otras manifestaciones de la creación intelectual del ser humano, pero también de una nueva forma de entender la ciudad, la política, la ciudadanía... un nuevo sueño de “unidad”, que apuntaló la idea de una Europa bajo la herencia grecolatina, una continuidad de la Roma soñada que palpitaba en el conocimiento y la cultura. Sí, porque el autor nos ofrece una visión de la totalidad del *Quattrocento*: conjunción entre naturaleza, arte, conocimiento y espiritualidad (¿utopía de plenitud?). El planteamiento temático se estructura en breves capítulos, secciones, fragmentos de reflexión y vida que en su conjunto conforman un mapa conceptual carente de linealidad cronológica que fluye como lo hace el pensamiento, entre la percepción, la memoria, la intuición y el sentimiento, para crear una prosa fundamentalmente especulativa, sí, pero bellamente literaria. Densidad conceptual imbricada en galanura expresiva.

Tras una breve introducción (pp.7-8), el recorrido cuenta con un total de diecisiete “estaciones”, salpicadas de ilustraciones y de textos alusivos muy apropiadamente seleccionados. Comienza con una aproximación al cuerpo humano como unidad simbólica (I: pp.9-16) para abordar a continuación el concepto de *homo novus* –*homus novus* siempre en el ensayo– (II: pp.17-22) y la arquitectura de las emociones (III: pp.23-30). A continuación, en un abordaje de los principales conceptos que vertebran el Renacimiento, se ocupa de las variaciones sobre el tema de la armonía (IV: pp.31-42), la “terrenización” del cielo (V: pp.43-64) y los retornos a la naturaleza (VI: pp.65-74) para desembocar en el nuevo espacio creado entre el “modelo natural” y el “modelo ideal” (VII: pp.84). La paulatina profundización en la expresión artística viaja del “chiaroscuro” al “non finito” (VIII: pp.85-93), a la lucha de estilos (IX: pp.94-102) y a la antítesis entre Norte y Mediterráneo, entre el “espíritu del Norte” y el “espíritu del Sur” (X: pp.103-108). Y ahora ya sí estamos preparados para entender que la mente *quattrocentista* está firmemente vinculada a la recepción de la Antigüedad, solo recuperable desde una “sensibilidad mediterránea”, una auténtica reabsorción de la Antigüedad (XI: pp.109-118) a través del retorno a las fuentes puras del pensamiento griego y romano, porque “de la misma manera que el Medievo ‘bárbaro’ ha destruido la raíz latina, también Bizancio ha corrompido completamente la raíz griega” (p.117). Y junto a la reincorporación de la cultura grecolatina se produce una estetización de lo religioso (XII: pp.119-124) que integra y sintetiza en la belleza física no solo el anhelo de inmortalidad cristiano, sino también el deseo de gloria pagano, reivindicando el cristianismo primitivo frente al cristianismo “bárbaro” y la teología escolástica. Ahora sí, por fin, Argullol nos lleva hasta el Humanismo: la medida del hombre (XIII: pp.125-139), a la organización de un cuerpo teórico que justifique y cobije el poder del ser humano. Poco a poco nos hemos ido acercando al horizonte de este paseo que culminará en una densa estructura conceptual no exenta de la luz necesaria para atravesarla, para tomar decisiones en el intrincado bosque de ideas que toman cuerpo en forma de palabras que construyen sentidos ante nosotros. Así, se habla de la tensión entre voluntad y fortuna, constante del pensamiento *quattrocentista* (XIV: pp.141-150), de cómo no se trata del “descubrimiento” del hombre, sino de la instauración de un “tipo distinto” de hombre (a esto me refería cuando suso hablaba de *re-comienzo*). La consecuente quiebra del mundo dualista medieval y la reivindicación de un espacio

de libertad en el que el hombre ejerce su voluntad, para hurtarse al determinismo de la Fortuna, tiene como consecuencia que la identidad individual se ponga en primer plano, y con ella el artista como genio, o, en palabras del autor, de Prometeo a Fausto (XV: pp.151-160). ¿Dónde llega, pues, el ser humano? A la razón renacentista como sueño de totalidad (XVI: pp.161-168). Finaliza el recorrido en XVII. Apolo y Saturno (pp.169-177), en concreto con la sentencia que Giovanni Pico della Mirandola utilizó para iniciar su *Oratio de hominis dignitate* (1486): *Magnum, o Asclepi, miraculum est homo*. Se cierra el volumen con una cronología (pp.179-183) de los hechos más destacados, desde 1400, fecha en que Gian Galeazzo Visconti ocupa Perugia, Asís y Espoleto, se inicia la construcción de la cartuja de Pavía y ejerce como profesor en Pavía el bizantino Crisoloras, hasta el año 1520, fecha en que muere Rafael.

En esta sociedad arrastrada por las tecnologías, en plena zozobra ante el avance de la Inteligencia Artificial, tal vez deberíamos abogar por cierto escepticismo frente a la creciente digitalización del mundo. El utopismo tecnoliberal parece (solo parece) haber ganado la batalla de las ideas, y los tecnócratas actuales, dueños de los algoritmos, podrían ser la versión moderna de los antiguos sofistas (con todo mi respeto hacia los sofistas). Pues bien, este libro lúcido, precioso, es un esfuerzo que ilustra, muchos años después de su escritura, este nuestro tiempo de ensimismamiento con las pantallas y virtudes despistadas. Porque el Humanismo y el Renacimiento tienen mucho que decirnos hoy y nos pueden ayudar a entendernos. Les invito a leer *El "Quattrocento". Arte y cultura del Renacimiento italiano*, auténtico escaparate a un período de esperanza y vigor intelectual, porque lo realmente importante no es lo que aquella época sabía de sí misma, sino lo que aún no podía saber sobre sí misma y solo el tiempo ha revelado (y seguirá revelando). Aprendamos a habitar la belleza y la libertad.

